

¿Qué tan nacional es la geografía colombiana?

1975, 1996

La pregunta de si la geografía de Colombia logró constituirse en nacional puede ser planteada en dos sentidos. Por un lado, ¿en qué medida se puede hablar de una geografía nacional si casi todos los paradigmas de la representación son derivados de los diversos discursos geográficos universales? Es decir, ¿hasta qué punto la geografía colombiana es realmente construida? ¿El recurso a los patrones universales no afirmaría ante todo la existencia de una geografía neutra, con patrones objetivos, y no subjetivos y nacionales? Por otra parte, ¿hasta qué punto el mapa de Colombia logró realmente constituirse en símbolo nacional?

En cuanto a la primera pregunta, Benedict Anderson ha subrayado la paradoja entre la universalidad del fenómeno de la nación y el reclamo de idiosincrasia para sus manifestaciones concretas (Anderson 1991, p. 5). De ahí puede inferirse que si la nación como fenómeno cultural y político resulta ser universal, la universalidad de las estrategias retóricas no necesariamente contradice el proyecto de construir geografías nacionales en un territorio específico. Antes bien, la divulgación universal de determinadas estrategias de representación – por ejemplo, el mapa físico, las categorías de la geografía física y humana, la diversidad o la personificación, y tal vez también los pisos térmicos – respalda la objetividad de las construcciones nacionales particulares, sin que por esto se constituyan en objetivas ellas mismas. La escala del análisis resulta irrelevante; por universales que sean las representaciones geográficas, siempre es posible reconstruir el proceso de su construcción. La idiosincrasia de las

construcciones nacionales consiste precisamente en la manera de la apropiación de estos modelos universales.

Bajo esta luz, es preciso resaltar la necesidad de estudios comparativos para el contexto latinoamericano, que permitirían determinar en qué sentido los contextos históricos particulares generan apropiaciones específicas de determinados patrones de representación universales. De esta manera sobra la preocupación referente a que lo que aparece en el estado presente de la investigación comparativa como invención geográfica manifiestamente particular del contexto colombiano – la construcción no espacial de los pisos térmicos {1802; 1901; 1948}, el discurso de límites {1833-1881; 1890; 1891-1943; 1932} así como la particular historia de la geografía como disciplina {1958/59; 1974/75} – podría en otro momento guardar parecido con otras construcciones nacionales. El grado de particularidad, para los efectos de realidad del discurso del poder, resulta a todas luces tan irrelevante como el grado de universalidad. Lo que importa es su funcionalidad dentro de este discurso, y ésta no depende de la originalidad de la invención.

En cuanto a la segunda pregunta, acerca del éxito del mapa como ícono nacional, sólo puede permitirse una clara afirmación. La reproducción simplificada de la geografía inventada de Colombia, llevada a cabo por el discurso escolar desde los años 30 del siglo XX, así como la amplia divulgación del mapa nacional en la prensa y en la publicidad comercial garantizan la presencia ubicua de un símbolo nacional sin rival. Así mismo, el papel protagónico adscrito al espacio y el concepto de territorio en la investigación reciente afirma la importancia de la geocartografía para la “construcción” de la nación, de manera que actualmente se está produciendo una intensificación del discurso geográfico oficial {1991}.

Este discurso sigue operando de acuerdo con los paradigmas analizados en el presente trabajo, como por ejemplo lo indica el más reciente compendio de la historia nacional, de Marco Palacios y Frank Safford, titulado *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida* (Palacios & Safford 2002). Mientras que la introducción reproduce el mito de la difícil geografía colombiana, con el corolario positivo de la diversidad, el índice analítico no contiene ninguna referencia para “cartografía”, y la entrada “geografía” remite a “topografía”. La “topografía” a su vez remite a la introducción, así como a las palabras “altitud”, “clima colombiano” y “extensión”. Para “territorio” sólo aparecen las entradas “Territorios Federales” y “Territorios Nacionales”, como categoría administrativa. En suma, la geografía en el sentido moderno de la geografía nacional territorial de otros estados-nación parece ser inexistente en Colombia, ocupando su lugar esa geografía jerárquica y excluyente diseñada por Francisco Javier Vergara y Velasco {1802; 1901; 1906; 1948}, convertida en mito territorial y topográfico de la nación alrededor de 1950 {1958/59}.

A la luz de las conclusiones del presente análisis, es preciso subrayar la relevancia del intento de deconstruir la perspectiva del poder hacia la geografía nacional. A pesar de ubicarse fuera del alcance de este trabajo, no es posible descartar la pregunta por la posibilidad de perspectivas-Otras del espacio. Las posibles geografías alternativas, ¿podrían aportar la democratización de esa geografía tan jerárquica que domina los discursos sobre el espacio nacional en Colombia? En otras palabras, ¿podrían existir de alguna manera propuestas de “construir” que no implicaran la perpetuación de estructuras de poder vigentes o alternativas? Habría que preguntarse sobre todo si esa geografía nacional que se inscribe en un

contexto manifiestamente pacífico, y que, en vez de adelantar la explotación de su periferia a gran escala, ha optado cuando menos en la intención por convertirla en superficies protegidas del avance del capitalismo, no podría brindar la posibilidad de pensar un espacio más democrático {1985}.

En este contexto, podría suponerse que el conflicto colombiano – esa maraña entre conflicto armado, narcotráfico y corrupción – ha contribuido a mirar la geografía de Colombia desde perspectivas alternativas, a la luz del hecho de que las soluciones tradicionales han fracasado. A primera vista, parece que el papel adscrito por la nueva Constitución de 1991 a la protección de la diversidad, tanto en el sentido cultural como biológico, constituye un punto de partida para diversos intentos de democratizar las representaciones espaciales. Sin embargo, si se observa la puesta en práctica de esas nuevas propuestas, que en comparación con la geografía nacional convencional parecen innovativas, pronto queda claro que en un intento de totalización reproducen esa geografía a una escala más amplia. Margarita Serje (2005), por ejemplo, ha mostrado cómo las pretendidas representaciones-Otras resultan invariablemente ser representaciones del Otro.

A partir de esa conclusión surge una nueva pregunta. ¿Hasta qué punto es posible una geografía-Otra como tal? En su libro *Die Politik der Verortung. Eine postkoloniale Reise zu einer anderen Geographie der Welt* (2002), Julia Lossau plantea esa misma pregunta al sostener “daß die Verortung eine Grundkoordinate jeglicher Repräsentationsprozesse darstellt; daß die Produktion einer bestimmten Wirklichkeit immer auch eine Verortung der Objekte beinhaltet – und daß erst der Prozeß des Ordnen/Verortens die Überzeugung herzustellen vermag, die verorteten Objekte [...] existierten ein einem objektiven Sinn” (Lossau 2002, p. 75 s.). De ahí resulta que este orden organizado por la espacialización

de los objetos sólo puede aparecer como “eine Ordnung, die *so und nicht anders* ist; als eine Ordnung, die *nicht anders sein kann, als sie ist*” (Lossau 2002, p. 76): más allá de los objetos espacializados, no puede haber ni representación ni orden de realidad. El mapa no pretende mostrar más de lo que muestra. El mundo realmente *es* como lo muestra. El análisis de la representación cartográfica siempre resultará mostrando cómo el mapa crea un mundo que sólo podemos concebir como objetivo en su dimensión espacial.

A partir de este punto sólo es posible concluir que geografías-Otras resultan imposibles de pensar, ya que implicarían la renuncia a la geocartografía como tal. El mapa perfecto, como señala la fábula de Borges {1658}, es imposible de pensar porque coincide puntualmente con el territorio. El mapa por definición construye la realidad mediante la distorsión, la selección y la exclusión, tal como es el caso de toda representación, visual o textual. Bajo este punto de vista, resulta poco interesante mostrar que el mapa manipula por naturaleza: salirse de las representaciones significaría salirse de la comunicación. Todo espacio resulta manipulado, es decir, el espacio resulta ser una construcción particular desde cualquier punto de vista, el del poder o el del Otro. También las posibles propuestas alternativas sólo pueden ser otras tantas representaciones que cumplen la función de objetivar el mundo para otros discursos.

Sin embargo, es posible que esta definición del mapa sea a su vez producto de una modernidad deconstruida, y que para representaciones espaciales *Otras* habría que, o bien abandonar el término del mapa, o bien encontrar otra definición. Esto tal vez se pueda afirmar tanto de representaciones premodernas del espacio, como del mapa como metáfora postmoderna. La propuesta del segundo tipo de

mapa consiste en deconstruir el poder-saber {1983} mediante el recurso a formaciones espaciales, o como dijo Gilles Deleuze con respecto a Foucault en 1975, mediante una cartografía concebida como “diagramme” (Deleuze 1975, p. 1217). El diagrama se diferencia del mapa en el sentido de que “ne fonctionne jamais pour représenter un monde objectif”, sino que al contrario “organise un nouveau type de réalité”. De esta manera, el mapa se convierte abiertamente en “affaire de politique”, y deja de ser ciencia neutralizante (Deleuze 1975, p. 1223).

Queda por preguntar si este mapa podría existir también como artefacto visual, o si esta definición postmoderna de la cartografía se limita a constituir una metáfora para ciertos procedimientos textuales, como los de Foucault en sus diversos análisis, y los del mismo Deleuze y Félix Guattari (Deleuze & Guattari 1976). Efectivamente, las artes visuales han adelantado diferentes propuestas cartográficas *Otras*, y si existe una crítica visual a la cartografía, procede de este campo. Así lo sostiene Wyston Curnow (1999) con respecto a diferentes artistas de habla inglesa. También para Colombia pueden mencionarse diversos ejemplos. El mapa ejerce una atracción casi irresistible para la generación de artistas jóvenes, como lo muestra la proliferación de mapas en sus obras. Varios artistas colombianos participaron en el “Proyecto Mapa”, realizado a partir de 1996 (Proyecto Mapa 1996), que indagó las posibilidades del mapa como arte, y que fue adelantado durante varios años como proyecto de cooperación colombo-venezolano, en parte con apoyo oficial.

Como resultado del Proyecto Mapa surgieron una serie de propuestas que se limitan o bien a cubrir el espacio formado por los contornos internacionales de Colombia y Venezuela con los colores de la bandera, o bien a presentar una super-nación, mediante la fusión de los espacios cartográficos y

geográficos de los dos países. Un ejemplo que reúne estas dos propuestas es el mapa del artista venezolano Carlos Castillo (Proyecto Mapa 1996, p. 44*). Hilos en los colores rojo, azul y amarillo cubren el territorio a manera tanto de carreteras como de lazos simbólicos. También la propuesta de Víctor Hugo Irazábal, igualmente de Venezuela (Proyecto Mapa 1996, p. 70*), apunta hacia la persistencia del sueño de un territorio homogeneizado. El espacio que propone consiste de un mapa físico recortado a manera de planchas topográficas, cuyos pedazos se reorganizan para disolver las diferencias del relieve. Algo semejante se puede afirmar también del mapa mental del artista colombiano Álvaro Moreno (Proyecto Mapa 1996, p. 55*). Su mapa propone un territorio colombo-venezolano desde una perspectiva más inspirada por creaciones verbales – como “Bolinder”, “Colozuela” y “Venembia” – que por la topografía del territorio, pero no ofrece una opción para la deconstrucción del mito de la nación. Estas visiones de una nación a otra escala son corroboradas por los mapas dibujados por niños de los dos países, bajo el lema “Haga su propio mapa colombo-venezolano” (Proyecto Mapa 1996, p. 94).

De mayor alcance deconstructivo resultan otras dos propuestas colombianas que también participaron en el Proyecto Mapa: el molde de torta de Gustavo Zalamea (Proyecto Mapa 1996, p. 59*) y el mapa del Mar de Bolivia de Mauricio Cruz (Proyecto Mapa 1996, p. 26*). Al invertir su orientación en relación con el mapamundi convencional, orientado hacia norte, ambos mapas juegan con la forma del contorno de los límites internacionales. Pero la representación cartográfica no sólo es sometida a esa crítica interna. El mapa también es puesto en duda en su función representativa como tal. Los “objetos” que “representan” la nación se constituyen en estos dos casos en crítica del mito mismo de nación. De esta manera, abren la mirada para lo que Homi Bhabha ha llamado “the constitutive contradictions of the

national text”, que resultan ser “discontinuous and ‘interruptive’.” (Bhabha 1990, p. 5). Tanto la nación como el espacio inventado por el mapa siguen siendo ineludibles, pero lo mismo es afirmado para la heterogeneidad de su constitución interna. Mapa y nación resultan ser construcciones irreduciblemente agrietadas. De esta manera, al enfocar la heterogeneidad en vez de la homogeneidad, se hace posible que la deconstrucción del fenómeno “nación” se constituya a la vez en perspectiva-Otra. Como destaca Bhabha, el espacio más interesante de ese invento moderno que es la nación resulta ser su límite como lugar, y no como espacio, de lo híbrido (Bhabha 1990, p. 4). Este límite, por supuesto, resulta imposible de cartografiar, a menos que sea en el sentido de Deleuze o de Zalamea.